

Andrés Monares y Pablo Ramírez Rivas (compiladores). *Fraternidades bajo la cruz del sur. Ensayos sobre la fraternidad como principio sociopolítico*. Buenos Aires, editorial Ciudad Nueva, 2018.



Este libro es un compilado de cuatro extensos artículos cuyos autores vienen desarrollando el argumento de la *fraternidad política* desde hace algunos años. Lo han hecho, cada uno a su modo, en el marco de la iniciativa RUEF, *Red Universitaria para el Estudio de la Fraternidad* (www.redruef.org), con aportes específicos en los diversos seminarios por ella organizados en América Latina. Pablo Ramírez Rivas fue compilador del libro *Fraternidad y Conflicto. Enfoques, debates y perspectivas*, publicado en 2011 como resultado del Tercer Seminario Internacional de la RUEF, organizado por un consorcio de cuatro universidades de la provincia argentina de Tucumán en octubre de 2010. Andrés Monares, expositor en dicho seminario de la RUEF en Tucumán, ha hecho varios aportes acerca de la fraternidad y los ha publicado en diversos medios. Domingo Ighina es autor del libro *La brasa bajo la ceniza. La Fraternidad en el pensamiento de la integración latinoamericana*, publicado en 2012 y ha participado extensamente en los eventos organizados por la RUEF. Finalmente, Esteban Valenzuela es autor de *Utopistas indianos en América. De Bartolomé de las Casas al papa Francisco*, publicado en 2013, y ha contribuido con trabajos en los seminarios de la RUEF y otros espacios.

Por tanto, emerge aquí una primera característica de este libro. Se trata de una profundización de muchas ideas previamente elaboradas por los autores. De allí que el lector encontrará una serie de argumentos maduros, con los que podrá o no estar de acuerdo, pero que son resultado de un camino de investigación iniciado hace ya años. Encontraremos en estas páginas diversos enfoques filosóficos, antropológicos, politológicos, de la crítica literaria, entre otros, que marca otro sello de la RUEF: la interdisciplinariedad en el abordaje de la cuestión de la fraternidad.

El título del libro, *Fraternidades bajo la cruz del sur*, se corresponde exactamente con lo que representan los cuatro trabajos. Una perspectiva

latinoamericana que reivindica, en voz alta, la originalidad de una mirada desde esta parte del mundo. Es una invitación a un diálogo genuino y profundo, mirando a los ojos de la academia europea, especialmente italiana, desde donde nos ha venido la novedad del argumento de la fraternidad y que, de algún modo, se ha tenido y se tiene como referencia ineludible en estos estudios.

Este es un libro que se “apropia” de la riqueza del argumento sobre la fraternidad y lo “empodera” en clave sudamericana. Está escrito, como dicen los compiladores, “desde esta parte del mundo” Sin embargo, los autores no se desentienden de los aportes precedentes ni lo rechazan. Partiendo de ellos, y en especial de la producción original de Antonio María Baggio, profundizan una reflexión que no es recurrente ni reverberante de la idea de fraternidad que el pionero colega italiano ha contribuido a difundir en América Latina. Es “novedosa”, diferente, “geoculturalmente” anclada, para usar un término que Ighina toma del filósofo Rodolfo Kusch.

Los cuatro autores nos refuerzan la actualidad del argumento esbozado: a pesar de todo lo que vemos hoy en día y que nos lleva a la dispersión y a la desilusión, estudiar la fraternidad en su dimensión política nos permite “reencontrar, reinventar, refundar” y conocer mejor eso que mantiene unidas a las ciudades, a las comunidades, a la gente. En ese sentido, la clave de lectura de *Fraternidades bajo la cruz del sur* es clara: La fraternidad ha ocurrido y ocurre. Es decir que la experiencia precede a la reflexión. Toca ahora, y esto es central en el libro, poner en palabras, en conceptos, lo que se ha vivido.

La historia latinoamericana (y europea) recorre estas páginas, y sirve para encontrar los fundamentos en los que los autores se apoyan. Es por eso que, coincidentemente, la fraternidad es explicada como principio, como categoría, pero sobre todo como un *recurso*. Finalmente, el libro nos pone claramente frente a los límites de la así llamada “modernidad”. Vemos explicados sus claroscuros, sus repliegues, y eso es posible gracias a esta mirada *bajo la Cruz del Sur*.

El primer capítulo es el de Pablo Ramírez Rivas, titulado “Del individuo al sujeto colectivo: la fraternidad como dimensión configuradora de la acción política”. En efecto, la dimensión política de la fraternidad está en el centro de su argumento. Pablo procura identificar la posibilidad de amistad política bajo su forma moderna, que es la fraternidad, como rasgo constitutivo. Para ello pone al lector en diálogo con el pensamiento liberal (a

través de Hannah Arendt) y latinoamericano (particularmente en los trabajos de Domingo Ighina).

El capítulo aborda una perspectiva histórica, marcada por la condición de colonialidad de la América Latina. En ese espacio aparece la fraternidad como un signo de identidad. Y es allí donde el autor refuerza su idea de la fraternidad como eutopía, es decir como un lugar, un “buen lugar” desde el cual se identifican experiencias de fraternidad tanto en lo privado como en lo público. Analizando los límites de la modernidad, Pablo lleva al lector a pensar en la fraternidad desde la utopía, pero, también, desde la eutopía.

La imaginación eutópica, nos dice, es la herramienta epistemológica para estudiar la fraternidad. Por tanto, su capítulo quiere ser un aporte para el pensamiento y la praxis eutópicos. La eutopía, señala, tiene en el mundo de los pobres su lugar privilegiado. Por tanto, se reivindica la lógica emancipatoria del pensamiento eutópico, que va de una lógica patriarcal a una fraternal.

Finalmente, Pablo nos propone hacer un esfuerzo por superar las categorías “modernas” que no nos permiten comprender estas nuevas dimensiones de la fraternidad política. Es por eso que ese pensamiento eutópico, que es emancipador pero sobre todo político, convida a la recuperación de la razón práctica. El enfoque eutópico nos hace ver la fraternidad en su dimensión histórica pública latinoamericana, no solo privada, como la modernidad europea lo vería.

El libro prosigue con el aporte de Andrés Monares, quien elige como título una cita del famoso cuento de George Orwell, *Rebelión en la Granja*: “Los hombres nacen y permanecen libre e iguales en derechos. Pero algunos nacen y permanecen más libres e iguales que otros”. El autor parte de dos estudiosos de la fraternidad: Antonio María Baggio, quien difundió la fraternidad como el “principio olvidado” y Antoni Domènech con su clásico libro sobre el “eclipse de la fraternidad”. Andrés cuestiona a ambos, de algún modo, indicando que no ha habido tal olvido o eclipse. Para dar argumentos a su postura, el autor encara un análisis crítico del pensamiento de la Ilustración y sugiere la posibilidad de mirar *de lejos* la modernidad, lo cual, desde el punto de vista de Latinoamérica, es realidad, mirar *de cerca*.

Para empezar, Andrés nos explica que la “armonía” se presenta como uno de los problemas centrales de la Ilustración. Lo fundamenta tomando una perspectiva histórica de largo plazo, desde la reforma protestante, especialmente el Calvinismo y su idea del hombre pecador pero del que Dios

se vale para hacer cosas buenas. Indica luego que la solución al problema de la armonía lo fue a partir del concepto de autonomía. Ambos términos están identificados con la idea del pecado, que fue funcional al clasismo burgués e ilustrado. Los demás, excluidos de esa lógica racional, entre ellos los pobres, van a constituir una “raza aparte”.

La idea de fraternidad que se va gestando durante la Ilustración, nos dice, no va a aplicar a esas razas aparte. En su análisis, Andrés recorre el pensamiento de la Ilustración británica y francesa, encontrando, como común denominador, que esos pensadores no fueron antirreligiosos. De hecho, el dogma calvinista fue esencial para fundar sus filosofías. Locke y Hobbes, por ejemplo, con la idea del control de la maldad, la perversidad. O Adam Smith, para quien a partir del vicio se lograría la cooperación, haciendo posible la sociedad.

En ese contexto, la fraternidad haría ineficiente el sistema emergente, llevando al desorden y al caos. Por lo tanto, Andrés argumenta que hubo una negación o relativización de la fraternidad en el iluminismo francés. Voltaire y Rousseau siguen esa línea argumental: El mal alcanzando al bien y el vicio a la virtud. En todo esto la fraternidad está ausente.

Andrés duda que la Revolución Francesa haya ampliado el concepto de fraternidad a los estratos bajos. Nos recuerda que ese fue un breve periodo de 8 años. Antes y después de esa pequeña ventana temporal, aparece una y otra vez el tema central de la esclavitud.

Si, como afirma el autor, la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, surgida de la Revolución Francesa, tampoco fue cosmopolita, entonces ¿por qué se incluyó la fraternidad en el tríptico revolucionario? Andrés es contundente en su respuesta: fue solo por motivos propagandísticos. Y allí nos refiere al recorrido de la fraternidad después de la Revolución Francesa. El mismo Baggio, nos recuerda el autor, reconoce que el tríptico fue “redescubierto” en 1848. Ahí también aparece la fraternidad “de clase” en la perspectiva Marxista.

El capítulo, en esta última parte, enfatiza la centralidad del colonialismo y ahí empezamos a ver la perspectiva latinoamericana. Se confirma también la crítica a la modernidad, que nos “privó” a la fraternidad, de ser merecedores de ella, de reflexionar sobre ella. Eso es lo que hay que recuperar. Y para ello nos convida a pensar en estas nuevas formas no occidentales de fraternidad, como la del “buen vivir”.

Andrés cierra su trabajo con una reflexión acerca del contrapunto entre una actitud académica “blanqueada” que reproduce los cánones y la

dominación, y otra latinoamericana que debe estar explicando todo el tiempo que no es folclórica, esencialista, indigenista. Procurar una perspectiva “intermedia” en esas encrucijadas de pensamiento puede ser un camino provechoso para alcanzar nuevas comprensiones acerca de la fraternidad.

El tercer capítulo del libro es de Domingo Ighina: “La fraternidad como epopeya de la democracia. Interculturalidad, populismos y *negros reprofundos*”. Allí nos indica la necesidad de asociar la fraternidad al propósito intercultural, para evitar caer de nuevo en una colonialidad epistemológica. Siguiendo con elaboraciones ya esbozadas en sus trabajos previos, Domingo nos propone vincular la fraternidad con la geocultura y la entranca geocultural, dos conceptos del filósofo Rodolfo Kusch, a quien el autor recurre. Siguiendo ese camino, se indica que la fraternidad puede ser una *herramienta intercultural* para ayudar a entender a los populismos en general y al Peronismo en particular.

Domingo nos recuerda la importancia del enfoque desde la Literatura, que es su espacio, como vía por la cual los sujetos reconfiguran los sentidos simbólicos de la comunidad, generando marcas identitarias. Allí se evidencia la pertinencia del concepto de geocultura, a través del cual un grupo reviste de significado su lugar y construye un baluarte de su existencia, desde donde dialoga con otras geoculturas. Por tanto, el capítulo argumenta contra la existencia de una “esencia”, un relato, una ontología nacional, sea en el campo literario como en otros.

Esto se hace desde los sujetos americanos no occidentales, como gestores de un saber dialogante, que configura una imagen situada no ajena a la episteme imperial pero tampoco subalterna. El autor indica que se debe pensar desde allí lo popular, sobre la base del otro concepto desarrollado en el capítulo, el de entranca geoculturales. Estas nos brindan posibles perspectivas alternativas a lo que comúnmente se acepta como versión “canónica” de las cosas.

Así se plantea la discusión actual de la fraternidad, que según Domingo se da por una serie de “entranca” en clave de cultura popular y sus significados. El populismo, el peronismo, es una de ellas. Los “negros reprofundos” a los que se hace referencia en el título del capítulo, vienen mencionados en el libro de Juan Draghi titulado *Las mil y una noches argentinas* (1940). En ese texto aparecen algunas ideas tales como la amistad como sustitución de la hermandad, la de los individuos que llevan a cabo su gesta o desgracia en soledad pero que en esos “negros reprofundos”

encuentran el significado fraterno de sus acciones. Así, la recomposición de un equilibrio se logra por vía de la comunidad fraterna.

Ighina acentúa la importancia de una literatura ligada a la fraternidad intercultural considerada desde las geoculturas americanas. Esto puede abordarse como una forma de ver otras entrancias desde los negros reprofundos. La fraternidad opera desde el negro reprofundo para equilibrar los opuestos y está presente en los movimientos populares *desde el comienzo*. Así, la fraternidad se ejerce en los movimientos populares mediante la negación de lo afirmado. En la doctrina de Perón, indica el autor, la fraternidad es una forma histórica en ampliación. Solo los libres acceden a la fraternidad. Fraternidad y dominación son opuestos. Por lo tanto, la fraternidad no se obtiene después de la libertad, sino que esta es su condición.

Si la fraternidad es el principio reintegrador del equilibrio perdido, la resistencia adquiere una importancia vital. Resistencia a aquello que nos impide ser libres. Y esa resistencia se evidencia también en el campo de la literatura. De este modo, la fraternidad no es solo un principio político sino un recurso intercultural.

Fraternidades bajo la cruz del sur cierra con el capítulo de Esteban Valenzuela, titulado “El momentum de la fraternidad federalista/consejista para redimir América de su violencia presicrática”. Su propuesta es la de crear, o promover, un nuevo momento reconstituyente de la fraternidad, a partir de retomar las raíces de la idea de colegiatura (originaria de los Utopistas indianos que él ha estudiado en el citado libro de su autoría). Es una propuesta intercultural para reemplazar los liderazgos presicráticos, entendidos como presidencialismos personalistas que tienen asociados todos los vicios de la política.

Valenzuela propone la vuelta a los Consejismos de iguales, manifestados en la diversidad. Nos habla del despoder, y de la policentralidad de modelos políticos federales. La fraternidad, entonces, es actualmente un elemento ausente y que puede ser ese reconstituyente. Esteban, como los otros autores del libro, también hace las referencias históricas del caso. Según él en América han prevalecido tres modelos para generar fraternidad estructural: el Federalismo descentralizado, el Parlamentarismo y la Democracia Directa. En su trabajo va explicando distintos ejemplos, destacándose el caso uruguayo.

El capítulo sugiere la vuelta a las regiones, a lo local y nos presenta un debate sobre la real necesidad o no de contar con gobiernos fuertes

(populismos) para avanzar en la justicia social. En ese sentido, Esteban indica este camino como problemático y que ya ha sido probado. Aparece entonces la descripción de algunos rasgos de la mentalidad “presicrática-cooptadora”: presidencialismo autoritario, paternalismo, centralismo, iluminismo tecnocrático, clientelismo, corrupción, integración neutralizante. De todos ellos vemos ejemplos históricos y contemporáneos de países latinoamericanos, analizados por el autor

Con un ojo en la cuestión mapuche de Chile, Esteban da algunos rasgos de la cooptación en los territorios, por vía de lo que llama los rutinarios domesticadores y las crisis anti protestas. Como contrapartida nos propone al “hermano que co-inspira y descentraliza el poder”, que es en verdad una nueva forma de gestión, en el cual se le da valor a la divergencia y a la diversidad.

Valenzuela nos presenta diversos cuadros, para ilustrar y ayudar a comprender mejor sus argumentos, dado que el capítulo es rico en ellos al abordar varias temáticas de fondo. En un caso, por ejemplo, el cuadro propuesto nos permite distinguir las prácticas centralizadoras-cooptadoras de las de un nuevo modelo descentralizador fraterno.

Esta democracia esencial y policentral cuenta con algunos indicadores y características. En cuanto a la Libertad, tenemos: elegir y participar, de expresión, económica, de transformación. En el plano de la Igualdad: el desarrollo humano, de ingresos, sindicalización, igualdad de género. Y en cuanto a la Fraternidad: la convivencia pacífica, felicidad, descentralización, probidad.

Finalmente, Esteban nos propone un modelo para promover la fraternidad, vinculado al respeto a las minorías y empoderamiento social, reconocimiento y devolución del poder a los pueblos o naciones indígenas, consultar y parlamentar con la oposición, colegialidad, redes de gobernanza local, poderes subnacionales para ampliar la confianza, multiplicación de la deliberación sin miedo, respeto a la ciudadanía de los inmigrantes, uso de los plebiscitos (democracia directa). Todo ello, en un momento de crisis de los presidencialismos, representa para el autor una oportunidad única de superación y prevalencia de la Fraternidad política.

Este libro no ha de dejar indiferentes a sus lectores. Los autores nos interpelan con sus fuertes y sentidos argumentos. Sucede, sin embargo, que la vocación generalista de la fraternidad política se encuentra aquí “situada”. Y es por ello que el libro deja el interrogante abierto de cómo reconectar esa mirada “desde esta parte del mundo” con el resto del mundo. La fraternidad

puede pensarse desde América Latina, pero no es solo para latinoamericanos. Su naturaleza última se manifiesta en la medida que ese aporte sirva de puente, de diálogo, con otras culturas. Culturas estas que no son solo las dominantes o las procedentes de la Modernidad, sino que encuentran expresiones tan laceradas y esperanzadoras como las que los autores nos describen para Latinoamérica.

No hay, en sus páginas, una defensa esencialista de los pueblos originarios. Pero su mención aún no penetra más allá de la superficie. En ese sentido, el libro es uno más de aquellos que invitan a profundizar nuestro conocimiento y sentir a partir de los saberes ancestrales, pero esa invitación solo es respondida aquí en forma aun general. Las ciudades son también nombradas, pero se esquiva en parte el abordaje de su complejidad actual, de su amplitud étnica, de su variedad cultural. Claro que este libro no puede dar respuesta a todo, pero se intuye que sus principales ideas nos llevan también a poner la mirada más aguda sobre esas ciudades latinoamericanas donde todo puede pasar. Finalmente, este es un libro que responde a la llamada de los estudiosos de la fraternidad, que vienen pidiendo profundizar el argumento. He aquí un modo de hacerlo, un formato que invita a la reflexión, al debate, al contrapunto, a la crítica y al acuerdo. Un aporte, en suma, sólido y recomendable.

Oswaldo Barreneche

Profesor titular ordinario de Historia de América Latina en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata - Investigador Independiente del CONICET, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina.